Había una vez… un alma

Nelson Rivera

# 1. Érase una vez un alma

Esta historia que voy a contarte es en cierto modo atemporal; no sé si ya sucedió, pero si no ha sucedido aún, ten por cierto que ocurrirá. Te hablaré de cosas que jamás en otro lugar han sido reveladas, cosas… que quizás ya sospechabas; sueños en letras transformados. Porque esa es la forma en que esta historia me fue revelada: me ha sido contada en sueños. Y tal como me fue contada, yo a ti te la contaré. Aunque es una historia fantástica, nacida en el mundo de los sueños; no por eso deja de ser real. No me cabe la menor duda que letra a letra la disfrutarás; sé que bien discernirás: la fantasía real, de la ilusión de la verdad. Bueno, no perdamos más el tiempo y cada quien en lo suyo: tú a leer y yo a narrar. Pero antes quiero advertirte, que los paradigmas que en tu mente hay, los debes de liberar. No trates de hacer comparaciones con lugares en tu mente conocidos; los lugares aquí descritos nunca han sido concebidos.

Todo se inicia en Animunnás, uno de los tantos mundos paralelos al nuestro. En este mundo residen las almas que están por viajar a nuestro mundo: las almas que están por nacer. Claro, en Animunnás las almas tienen plena conciencia de su pasado y de su presente vividos en Animunnás; aunque, no de lo vivido en el mundo de los humanos, estos recuerdos los van perdiendo paulatinamente. Cuando entran al cuerpo de un ser humano que está por nacer, la conciencia de su vida en Animunnás es borrada para que no interfiera en su vida en el mundo de los humanos. En Animunnás las almas esperan pacientes ser llamadas en cada uno de sus viajes a nuestro mundo: desde su primera; hasta su última incursión, la cual sucede cuando han alcanzado su «*Propósito*». Aquí las almas son como niños, pues siempre dicen la verdad; no se preocupan por obtener alimentos, pues las almas no ingieren alimentos; ni por vestimenta, pues no la utilizan; ni por obtener dinero para comprar cosas, pues no hay nada que comprar; sus necesidades básicas no es que sean suplidas, es que no tienen. Tampoco leen ni mucho menos escriben ni ven televisión ni juegan videos juegos ni van al cine; ni van a ver partidos de futbol, de beisbol, basquetbol, boxeo o cualquier otro deporte; ni ven conciertos ni van a iglesias; no hacen el bien, pero tampoco hacen el mal. Además, nadie depende de ellas, son como niños sin ninguna preocupación. Pero difieren con los niños en que no tienen por qué llorar ni porque reír; siempre se sienten bien, pues no saben que es sentirse mal; no saben de solidaridad, no hay razón para ser solidario; ni de lástima ni de empatía; no hay apegos, no hay cariño; no hay amor, pero tampoco odio; no hay placer, pero tampoco dolor. Son comida sin sal, como arco iris sin color, como poesía sin emoción. No es que no puedan sentir emociones, es que no hay muchas razones para hacerlo. ¿Qué hacen entonces? Pues, como ya lo mencioné, sólo esperan ser llamadas para venir a nuestro universo. Está sería una vida muy atractiva para algunos, pero de seguro que no para la gran mayoría de los humanos.

Según estadísticas actuales nacen X personas por minuto; X almas por minuto salen de Animunnás y vienen a nuestro mundo. ¿A que vienen?, pues vienen a dejar de solo existir: vienen a reír, vienen a llorar; a disfrutar el placer, a sufrir el dolor; a odiar y quizá… ser odiados; a amar y tal vez… ser amados; vienen a compadecer y a ser compadecidos; a sentir la soledad y degustar la compañía; vienen a crecer, a tratar de vencer su egoísmo, a fortalecer su empatía, a tratar de ser mejores, a creer… Es decir, vienen a vivir, vienen a buscar su Propósito.

Pues…

Érase una vez un alma…, un alma que iba a nacer; un alma cualquiera: como la tuya o como la mía. Y como es el ritual, como exige la costumbre desde que las almas vienen a este mundo; antes de dejarla partir, dos ángeles: uno de aura verde y otro de aura roja, le deben mostrar el mundo donde por un tiempo ha de residir. Pero antes de partir a ver el mundo, al alma le ofrecen la opción de poder ver el cuerpo: el envase que la va a contener. Es el protocolo mostrar, al alma, el cuerpo a la edad que ella lo quiera ver, no importando si ella hubiera dejado el mundo antes de cumplir esa edad. Aunque no necesariamente tenía que hacerlo, pero por lo general, casi todas las almas siempre quieren ver su cuerpo. Salvo, muy… pero muy contadas ocasiones.

Pues, este es el comienzo de esa historia, que con algunas variantes es vivida por todas y cada una de las almas. También la tuya, así como la mía. El alma en cuestión llegó al salón del consejo, ahí tenía que esperar la llegada de los dos ángeles que la prepararían para su retorno al mundo. Al llegar al salón se sentó en una de las sillas pertenecientes a la mesa del consejo. Luego de algún tiempo, aparecieron dos ángeles de una pequeña habitación de paredes transparentes que se encontraba dentro del salón del consejo. Eran dos hermosas criaturas que emanaban luz a través de todo su cuerpo; cerca de su cuerpo la luz se veía muy intensa, formando una bella aura. Uno brillaba con luz roja y el otro con luz verde; uno era ángel de aura roja y el otro un ángel de aura verde. Al verlos el alma inmediatamente se puso de pie y ellos se acercaron, y con un tierno abrazo la saludaron.

—¿Lista para comenzar? —Preguntó el ángel de aura verde.

—Más que lista, ¡ansiosa! —respondió el alma.

—Bueno, entonces, no se hable más —dijeron ambos ángeles al unísono.

—¿A qué edad te gustaría ver tu cuerpo? —el ángel de aura roja preguntó.

El alma comenzó a imaginar su caminar por la vida, desde su lactancia hasta su vejez, para tratar de discernir cual sería el mejor momento para ver su cuerpo. «En la niñez mi cuerpo está en una evolución vertiginosa; en la vejez es un cuerpo ya cansado y muy deteriorado; en cambio en la juventud: aunque siempre en constante transformación, pero es mucho más lenta que en la niñez y la adolescencia, por otro lado, está en su mejor forma física». Y luego de pros y contras analizar, concluyó que en la juventud era lo ideal. Aunque las almas no tenían una conciencia real de su transitar por el mundo, si tenían una noción general de ella.

—A los 21 —contestó el alma.

—Cierra los ojos un momento —dijeron los dos ángeles al unísono.

El ángel de aura verde extendió sus brazos con los nudillos de sus manos tocándose; luego empezó a separar lentamente las manos, como abriendo una cortina. El aire a ambos costados se iba volviendo más turbio, mientras que en el espacio que quedaba entre las manos, literalmente de la nada, se iba desvelando un lugar inundado de cuerpos inertes: de todos los tamaños, de todos los colores; cuerpos tan hermosos como estatuas griegas y cuerpos desprovistos de total belleza. Realmente solo era una especie de holograma, no es que fueran cuerpos reales.

—Abre los ojos —dijo el ángel de aura verde.

El alma abrió los ojos y comenzó a observar los cuerpos. Su mirada vagaba entre cada uno de ellos. En algunos se detenía a contemplarlos: los dibujaba con la mirada, se embelesaba en ellos; en otros apenas si se detenía, como si al verlos sus ojos se quemaran, y los apartaba rápidamente. Así, entre gestos de aprobación y desagrado los observó…, así, estuvo largo rato: en estado de plena contemplación. Por su mente navegaba una pregunta…, y por más que intentaba, respuesta no encontraba: «¿Por qué? ¿Por qué tal disparidad? ¿Por qué tan marcada diferencia?»; hasta que se cansó de en vano buscar respuesta.

—¿¡Cuál será el mío!? —con mucha expectación preguntó.

—Ese, precisamente el que tienes enfrente — contestó el ángel de aura roja.

Su mirada se posó en él, un gesto de desagrado se formó en su rostro, con una mirada escudriñadora el cuerpo recorrió. Se escuchó un profundo silencio. Luego…

—¿Puedo escoger otro…? —preguntó con cierto temor el alma.

—Pero, ¿por qué quieres otro cuerpo? —cuestionó el ángel de aura roja.

—El que me han asignado… no mucho me parece, no es que me desagrade; pero…, si pudiera escoger otro —respondió el alma.

—No es tu elección escoger el cuerpo —replicó el ángel de aura verde.

—¡Y entonces…! ¿Para qué me los muestran?, si no es mi decisión escoger cual cuerpo tener —cuestionó el alma, más en tono de curiosidad que de reclamo.

—Quizá…, para que sepas que la esencia de un humano no está en su cuerpo, sino en lo que mora en él. Que no importa el cuerpo que se te otorgue: tú siempre eres la esencia que habita en él. —contestó el ángel de aura verde.

Sin más decir, el alma optó por asentir. Pues no les es permitido a las almas cuestionar los procedimientos, bajo la premisa que todo lo dispuesto es infaliblemente lo mejor; aunque muchas veces, para nada… así lo parezca. Luego de cumplir el paso inicial, dispusieron realizar el siguiente paso: mostrarle al alma el mundo donde habría que habitar. Este viaje era increíblemente hermoso: literalmente surcaban los cielos. Para hacerlo más especial, de las espaldas de los ángeles emergían unas frondosas, inmensas y aterciopeladas alas del color de su aura. El ángel de aura roja, sujetó al alma de la cintura con los brazos y se remontaron los tres al vuelo. Podían sentir la suave caricia del aire al irlo atravesando, el frio y húmedo aliento de las nubes al surcarlas. Así, recorrieron en rápido y sigiloso vuelo: infinidad de lugares, países, ciudades, pueblos y también hogares. Comenzaron a descender hasta tocar tierra en la entrada de una hermosa casa; las bellas alas se recogieron, para luego desaparecer. Entraron en la casa pasando por un jardín lleno de bellas flores de innumerables colores. Literalmente atravesaron la puerta principal y encontraron una habitación llena de hermosos muebles, completamente limpia y en perfecto orden; a no ser por media docena de almohadas tiradas en el suelo y algún que otro mueble un poco fuera de lugar. Se acercaron a la cocina donde se encontraba una señora de edad madura tarareando una vieja canción: ¿Cómo fue?(Benny Moré), a la vez que cortaba en trozos unas cebollas. De repente se escucharon carcajadas, las cuales ubicaron que provenían de arriba, salieron de la cocina retornando a la sala, donde se encontraban las escaleras, las cuales comenzaron a subir. Las risas se seguían escuchando y de vez en cuando se agregaban unos rugidos algo descoloridos. Cuando estuvieron arriba, ubicaron la habitación de donde provenían los sonidos y entraron en ella. Había una mujer enfrente de un tocador, la cual lucía una hermosa sonrisa, a la vez que veía con inmensa ternura hacia una enorme cama, donde se encontraban dos niños de cuatro y dos años que daban de carcajadas, mientras sobre ellos estaba un hombre de unos 30 años, que gruñía, a la vez que hacía el ademan de comérselos: mordiéndolos en el estómago, en las piernas, en los brazos, en los cachetes; los niños reían a la vez que gritaban ocasionalmente «¡no papi!». Se olía la alegría, se sentía el amor que de ellos irradiaba. El alma se quedó embelesada viendo el cuadro, sus ojos se humedecieron, una sonrisa alumbró su translúcido rostro; y así permanecieron unos segundos contemplando la tierna escena; y luego se desvanecieron, apareciendo donde tocaron tierra: en la entrada de la casa.

«Que bien, encantador lugar donde he de nacer» pensaba el alma llena de entusiasmo. —Este me parece bien —el alma susurró para sí.

Retomaron el vuelo, pero hoy el ángel de aura verde es el que arropaba al alma con sus brazos, y luego de algún tiempo de vuelo, de nuevo comenzaron a descender, hasta que tocaron tierra en una calle angosta y completamente sucia. Se sentía un olor a basura podrida, caminaron unos metros hasta que se detuvieron frente a una puerta, la cual atravesaron, era una casa de un solo espacio. Había una mesa vieja al centro de la habitación. Sobre la mesa una botella caída, dejando escapar las ultimas gotas de su contenido sobre la mesa. Cerca de ella, un par de sillas aún más viejas. En una de las sillas una mujer, que parecía dormida, recostada sobre la mesa, con la boca abierta y dejando escapar saliva que caía en la mesa. A un par de metros, la cocina, nauseabunda y mal oliente, con pequeñas pilas de trastos sucios. En una esquina de la cocina, un nido de cucarachas, algunas de ellas bailoteando alrededor del nido. En frente una pequeña cama con cinco niños, los dos más pequeños lloraban, a la par del llanto se escuchaba el crujir de sus estomaguitos. Otros dos dormían, mientras el mayor de unos 8 años consolaba a los más pequeños que lloraban.

El alma centímetro a centímetro con la mirada recorrió la pequeña habitación, no una, sino varias veces. Su rostro como semáforo, cambiaba entre muecas de sorpresa, tristeza, repudio, indignación. No lograba entender como tal situación podía existir. Detuvo su mirada en la cama donde yacían los niños. Se comenzó a inundar de una inmensa consternación, el dolor crecía a medida que el cuadro contemplaba, sintió que no podría aguantar más observar tan dantesco cuadro. Sabía que nada podía hacer en ese momento, por aliviar la situación de los niños, así que luego de un profundo suspiro, cerró los ojos y pidió a los ángeles que la apartaran de ahí.

—¡Que horrible lugar!, ¿cómo pueden estas almas vivir así? —preguntó el alma angustiada—. Esto no me gusta, ¿por qué me traen aquí? —insistió.

—Queremos que conozcas el mundo donde has de vivir —replicaron al unísono los ángeles.

—Pero este último lugar no me gusta, nacer ahí no quiero, déjenme nacer en el que visitamos primero —insistió el alma en tono demandante.

—No es tu elección decidir donde nacer, ni que cuerpo tener —replicó con cierto grado de severidad el ángel del aura roja.

A lo cual el alma de nuevo simplemente asintió. Luego de esto, salieron a la calle y retomaron el vuelo, pero ahora en busca del Janadmun más cercano, al divisarlo comenzaron a descender hasta tocar tierra justo frente de él, el viaje había terminado. El Janadmun es un portal hacia las demás dimensiones de la creación, es una habitación de paredes totalmente transparentes, que deja ver en su interior un plasma translúcido que lo llena completamente.Se introdujeron en él, desvaneciéndose a medida que entraban. Apareciendo en el lugar donde las almas residen antes de partir a nuestro mundo: en Animunnás; Justamente en el salón del consejo, que es donde el alma debía esperar al ángel de aura blanca, quien era el encargado de llevarla al mundo e introducirla en el cuerpo donde habría de residir. Los ángeles de aura blanca eran los únicos con ese poder. El salón del consejo era una inmensa habitación totalmente blanca, con techo altísimo, y en medio de la habitación una inmensa mesa redonda con doce sillas, tanto la mesa y las sillas parecían hechas de cristal, era un espectáculo ver como al darles la luz, resplandecían formando cientos de arco iris. Las doce sillas correspondían a once miembros del consejo, y a un miembro invitado de nivel superior. Ahí dejaron al alma, desapareciendo sin mediar palabra. El alma quedó sola en la inmensidad de esa habitación, sus pensamientos revivían las imágenes del viaje que acababa de acontecer, era de esos pocos momentos que sus emociones podían surgir, sentimientos encontrados, que generaban dudas, preguntas, que por más que intentaba, no encontraba darles respuestas. En este océano revuelto, salpicado por las dudas se encontraba cuando el ángel de aura blanca apareció, saliendo del Janadmun. Era un espectáculo ver el salón con la presencia del ángel de aura blanca, pues su cuerpo irradiaba luz blanca que al atravesar los innumerables cristales del salón, lo inundaban de luces de colores. El ángel caminó hacia donde estaba el alma, esta al verlo inmediatamente se paró y ambos se fundieron en un abrazo. Luego se sentaron.

—Que te pareció el mundo —le interrogó el ángel de aura blanca.

—Sumamente hermoso y a la vez, cruelmente repugnante —respondió el alma—. Pero, ¿por qué hay almas viviendo en situaciones tan diferentes?, unas en total opulencia y otras en tan inmensa miseria —cuestionó con tono confundido el alma.

—Mira, sé que tal situación hasta parece pervertida, pero a través de tus viajes, irás encontrándole el sentido. Sabes, el tiempo que pasas en el mundo, realmente no es nada comparado con la eternidad, así que cualquier dolor sufrido, es efímero comparado con la eterna felicidad. Por otro lado; como podrías dar, si no hay nadie quien necesitara recibir; como podrías consolar, si no hay alguien que tenga que llorar; como podrías saber que es la gratitud, si nunca has estado en necesidad y con cariño te la han satisfecho. Además es parte del propósito que las almas aprendan a ser felices, no importa el cuerpo y el lugar donde se encuentren —replicó en tierno tono el ángel de aura blanca.

—¿Ser feliz? ¿Qué es la Felicidad? —le interrogó el alma de nuevo.

—La felicidad es estar contento con lo que la vida te ha dado, pero sin dejar de luchar por lo soñado —respondió el ángel de aura blanca.

—¿Por qué la humanidad destruye su hogar?, vi ríos agonizantes, bosques devorados, niebla asesina en las ciudades, convertidos en cloacas muchos de los lagos y los mares, especies enteras de animales exterminados — preguntó el alma con voz angustiada.

—Es una pregunta difícil de contestar, como puede un ser atentar contra su propia existencia; es una combinación de emociones que les nublan la razón, pero básicamente una es la principal: es el egoísmo, satisfacer sus ansias, a veces de placer, a veces de poder, a veces de riqueza, sin importar el bienestar de los demás que comparten su existencia, sin importarles su propia descendencia — respondió el ángel de aura blanca.

Sorprendido, pero conforme con la respuesta, el alma asintió.

—¿Cuál es el Propósito? — cuestionó el alma ansiosamente.

—No me es permitido a las almas revelarlo, pues ellas tienen por si mismas que descubrirlo. Cada vez que al mundo vas, algo nuevo aprendes y, poco a poco, como un rompecabezas las piezas vas uniendo, hasta que en tu último viaje completas el *Propósito* — le respondió con suma paciencia el ángel de aura blanca.

—¿Acaso este es mi primer viaje?, porque no recuerdo nada de los otros —preguntó con cierta angustia el alma.

En ese instante brilló una intensa luz, era la luminosa sonrisa del ángel de aura blanca. La pregunta del alma, le había robado una cálida y luminosa sonrisa.

—Después de cada viaje casi todos los recuerdos pierdes, porque lo que ganas no es en recuerdos, sino en lo que eres — le respondió con pausada pero firme voz el ángel de aura blanca.

—Bueno, si no tienes más preguntas, es momento que nos pongamos en marcha —continuó diciendo el ángel de aura blanca.

—No, creo que no. Bueno, quizá una última. ¿Descubriré en este viaje mi Propósito?

De nuevo una cálida y luminosa sonrisa, destelló en el rostro del ángel.

—Esa pregunta también no me es permitido contestártela, pero sabes, lo que te diré a continuación, no es porque me lo hayan informado, no para nada. Pero no sé porque razón percibo, que en este viaje, serás participé de algo que tendrá un gran impacto, no solo en la humanidad sino en toda la creación —le contestó el ángel.

—Espero que así sea, solo déjame hacerte una última pregunta. ¿Cuál será mi nombre esta vez? —preguntó el alma.

—Bueno, no debería decírtelo, pero hare una excepción esta vez, no te diré todo el nombre, solo te diré tu primer nombre, Isela, te llamarás Isela —contestó el ángel.

—Isela…, me gusta… —dijo Isela— Isela… ¿Pero por qué, Isela? —preguntó de manera incisiva Isela.

El ángel iluminó por un instante el salón dejando volar una sutil sonrisa.

—Te diré… es por su significado —respondió el ángel.

—¿!Cuál es su significado!? —preguntó ansiosa Isela.

En ese momento los ojos del ángel se abrieron como dos pequeños soles en el crepúsculo del atardecer, irradiando una tibia luz escarlata que atravesó al alma, y de nuevo una sutil pero brillante sonrisa nació en él, y todo su rostro proyectó una inmensa ternura, diciéndole al alma:

—Promesa…, te llamas Promesa —le dijo el ángel.

En ese momento toda el alma por un instante resplandeció.

—Promesa…, ¿soy una Promesa? —interrogó.

—Eres Promesa… —confirmó el ángel.

—¿Pero por qué soy promesa? —interrogó de nuevo Isela.

De nuevo una sonrisa amaneció en la faz del ángel. Y con inmensa ternura le dijo a Isela:

—Eres como un potrillo salvaje, lleno de energía, inquietudes, dudas. Pero no hay más que decirte, en tu viaje irás dando respuesta a tus dudas —respondió el ángel, a la vez que tiernamente la abrazaba, como diciendo: ¡ya no más preguntas!

Y terminando de hablar entraron al Janadmun, pues el ángel de aura blanca era el encargado de llevar las almas a nuestro mundo. En un instante después, en algún lugar del mundo, en no sé qué hogar, una niña pronto habría de llegar…